

2009

Nocturno de Chile (Entonces y después) Adaptación en siete escenas de la novela de Roberto Bolaño

Nora Glickman

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Glickman, Nora (Primavera-Otoño 2009) "*Nocturno de Chile (Entonces y después)* Adaptación en siete escenas de la novela de Roberto Bolaño," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 69, Article 31.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss69/31>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

NORA GLICKMAN

NOCTURNO DE CHILE
("ENTONCES Y DESPUÉS")

Adaptación en siete escenas de la novela de Roberto Bolaño

- LUGAR:** SANTIAGO DE CHILE. EL CUARTO DE URRUTIA LACROIX. SALÓN DE LA CASA DE MARÍA CANALES, EN LAS AFUERAS DE SANTIAGO. SALÓN DEL CUARTEL DE CLASES. CUARTO DEL TORTURADO.
- TIEMPO:** ENTRE LOS SETENTA Y COMIENZOS DE LOS NOVENTA.
- MÚSICA:** WEBER Y DEBUSSY EN LA CASA DE MARÍA CANALES, "CARMINA BURANA", AL COMIENZO Y AL FINAL DE LA OBRA.
- UTILERÍA:** UNA PIZARRA CON NOMBRES EN LETRAS LEGIBLES. UNA CORTINA SEMI-TRANSPARENTE DE COLOR ROJO, UN ESPEJO GRANDE Y POLVORIENTO, UN SILLÓN, UN DIVÁN, VARIAS SILLAS, UNA BOTELLA Y UN VASO DE WHISKY, UNA TAZA CON PLATILLO DE PORCELANA, UN PLATO CON TOSTADAS, MERMELADA Y MANTEQUILLA.
- PERSONAJES:** SEBASTIÁN URRUTIA LACROIX
EL JOVEN ENVEJECIDO
MARÍA CANALES
JIMMY THOMPSON
OIDO Y ODEIM

PINOCHET
INDIA MAPUCHE
SEBASTIÁN (HIJO DE MARÍA Y JIMMY THOMPSON)
DRAMATURGO TORTURADO

Escena 1

SEBASTIÁN URRUTIA, SACERDOTE YACE AFIEBRADO, REPOSTADO EN SU DIVÁN, CUBIERTO POR UNA MANTA OSCURA. CREE QUE VA A MORIR. DURANTE UNA LARGA NOCHE DE CONFUSIÓN Y ESTUPOR RECORRE LOS MOMENTOS MÁS IMPORTANTES DE SU VIDA. PERO A MEDIDA QUE AVANZA LA NOCHE, LA FIEBRE VA REMITIENDO. LOS MONSTRUOS DE SU PASADO APARECEN ILUMINADOS COMO PERSONAJES SINIESTROS. EN EL CURSO DE SU AUTOCONFESIÓN URRUTIA HARÁ REFERENCIA AL “JOVEN-ENVEJECIDO.”

URRUTIA: Sé que me voy acercando al fin, pero todavía me queda mucho por decir. El Joven Envejecido tiene la culpa de todo esto. ¡No me lo puedo quitar de encima! Se me aparece en cualquier parte; me acosa. ¿Qué espera de mí? Busco y rebusco en el rincón de mis recuerdos aquellos actos que me justifiquen. Porque uno tiene que ser responsable de sus palabras, e incluso de sus silencios. ¿Acaso los silencios no ascienden al cielo, donde Dios los oye y los juzga? Que quede claro. Yo, Sebastián Urrutia Lacroix, chileno, seminarista desde los trece años y crítico literario, me considero un hombre razonable, responsable de mis actos. Corrían los años 70. Fue por esas noches desérticas del toque de queda en Chile, cuando empecé a contemplar la vida como una sucesión de equívocos que deberían conducirnos a la verdad final. Sin embargo, mi actitud era de profundo desaliento. Dejé de dar clases y escribir reseñas...dejé de decir misa. Durante esos días dormía muy poco. En las mañanas me dedicaba a caminar por las calles de Santiago. Una tarde dos maleantes me asaltaron: “No tengo plata, hijos míos,” les dije. “Claro que tenés plata, cura reculiao”, me dijeros los cogoterros. Acabé entregándoles mi billetera y rezando por ellos...aunque no mucho.

Sin embargo, el aburrimiento era feroz y no disminuía. Algunos mediodías me llenaba la cabeza de ideas disparatadas. Me sentaba en un taburete alto y contemplaba con ojos de carnero degollado las gotas de agua que bajaban por la superficie de la botella de soda que sostenía entre mis manos. Intenté escribir algún poema; pero mi poesía, en vez de angelical se tornó demoníaca, llena de blasfemias y cosas peores. Escribía, por ejemplo, sobre invertidos y sobre niños perdidos en estaciones abandonadas. Al fin de cuentas, todos éramos chilenos corrientes, discretos, moderados. Todos, menos el Joven Envejecido, que quién sabe en qué agujero se había perdido.

VEMOS APARECER LA SOMBRA ZUMBANTE DEL JOVEN ENVEJECIDO, UNA FIGURA FANTASMA-GÓRICA DE PELO BLANCO, VESTIDA DE LEOTARDO NEGRO Y ANTIFAZ, QUE SE MANIFIESTA COMO UN MOSCARDÓN QUE REVOLETEA ALREDEDOR DEL CURA.

Sabíamos que había que hacer algo; que había una época para sacrificios y otra para la sana reflexión. Pero la vida seguía su curso como un collar de arroz en donde cada granito llevaba un paisaje pintado y todos se ponían el collar al cuello, aunque nadie tenía la fuerza de voluntad para acercárselo a los ojos y descifrarlo. En parte porque esas miniaturas exigían vista de lince, o bien porque los paisajes solían deparar sorpresas desagradables como ataúdes, cementerios, ciudades deshabitadas.

Fuera del hecho insoslayable de que muchos amigos se habían marchado del país, en ese clima de tedio abismal, nuestro problema como intelectuales radicaba en el toque de queda, porque, ¿dónde reunirse, si a las diez de la noche todos los bares y restaurantes estaban cerrados, y la noche, como se sabe, es el momento propicio para diálogos y confidencias? ¡Qué época aquella!

CAMBIO DE LUZ.

La otra tarde me encontré con un joven novelista de izquierda.

“Sabes algo de María Canales?” le pregunté.

“María Canales? No sé quién es. No la conozco,” me dijo.

“¡Pero si tú solías ir a su casa durante los años de Pinochet!”

El negó con la cabeza repetidas veces y acto seguido cambió de tema. Entonces se me ocurrió que debía ir a verla.
OSCURO.

Escena 2

CUANDO SUBEN LAS LUCES URRUTIA ESTÁ DE PIE FRENTE AL PÚBLICO. VISTE UNA SOTANA NEGRA.

URRUTIA: Me resultó extraño conducir el auto por aquellas avenidas de las afueras, como antes lo había hecho durante el toque de queda. La casa de María Canales había perdido su esplendor nocturno. Ahora parecía demasiado grande; la maleza del jardín trepaba inclemente por las rejas, como si quisiera obstruir al paseante ocasional la visión del interior. Estacioné al lado del portón. Los vidrios de las ventanas estaban sucios y las cortinas, cerradas. Había una bicicleta infantil tirada junto a los escalones del porche. Toqué el timbre. Al cabo de un rato María se asomó por la ventana.

MARÍA: EN OFF: ¿Qué desea?

URRUTIA: Quería hablar con usted, María. Soy el padre Urrutia. Sebastián Urrutia Lacroix, ¿no se acuerda de mí? AL PÚBLICO. Durante unos segundos pareció retroceder en el tiempo. Luego salió para recorrer el tramo del jardín que la separaba de mí, y me abrió el portón. Su sonrisa no era muy diferente de la que yo recordaba, pero había engordado y se veía muy cansada.

MARÍA: Padre, es usted la última persona que hubiera esperado. Han pasado muchos años, pero parece como si hubiera sido ayer.

URRUTIA: AL PÚBLICO: Entonces María Canales era una joven simpática de pelo castaño y grandes ojos negros. Leía todo lo que uno le decía que leyera. En la casa ya no había tantos muebles como antes y la decrepitud del jardín se repetía en las habitaciones que yo recordaba luminosas, pero que ahora parecían bañadas de un polvillo rojizo. El sillón donde solía sentarme aún estaba allí. María, que seguía la dirección de mis ojos, lo notó al instante:

MARÍA: Siéntese, padre. Está en su casa.

- URRUTIA: AL PÚBLICO: Me contó de sus hijos, ya adolescentes, que estaban con ella, y de su marido, que ahora vivía en los Estados Unidos.
- MARÍA: CON HASTIO: Supongo que estará bien... Pero nos tiene abandonados. Además, los que antes venían tan gustosos a mis veladas, ahora me dan la espalda.
- URRUTIA: Y aquella novela que estaba escribiendo, ¿la terminó?
- MARÍA: Todavía no. Todo el tiempo recibo visitas de periodistas extranjeros. Yo insisto en hablarles de literatura, pero ellos siempre sacan el tema de la política, de Jimmy, de lo que sentía. Ahora cobro por las entrevistas. O pagan o no hablo.
- URRUTIA SE LEVANTA, SOFOCADO: Sentí que me faltaba el aire. Abrí una ventana. VUELVE A SENTARSE. Ella no dejaba de hablar.
- MARÍA: Ni siquiera el terreno de esta casa es nuestro... ¿Qué le parece? los dueños, unos judíos exiliados hace más de veinte años, nos han puesto pleito. Quién sabe; si nos descuidamos, de esta casa pronto no quedará ni memoria.
- URRUTIA: Pero María, entonces vuelva a empezar; múdese con sus hijos a otra parte...
- MARÍA: Lo que realmente me preocupa es mi carrera literaria.
- URRUTIA: Entonces use un seudónimo, María; por el amor de Cristo. Lo importante es la vida, no la literatura.
- MARÍA: Ya lo sé; siempre lo he sabido.
- URRUTIA SE LEVANTA ABRUPTAMENTE: Me tengo que ir.
MARIA SUELTA UNA CARCAJADA.
- URRUTIA AL PÚBLICO: Su risotada tenía una fuerza incontenible...(RECAPACITA) O tal vez fue sólo mi imaginación...
- BAJAN LAS LUCES. SE ESCUCHA EL RUIDO DE UN

MOTOR ENCENDIDO. MARÍA CANALES, ESCONDIDA DETRÁS DE LA VENTANA SE ASEGURA DE QUE EL CURA SE HA MARCHADO. SE LLENA UN VASO CON WHISKY; RESPIRA DE FORMA AGITADA, BEBE, FUMA Y VUELVE A ESPIAR DETRÁS DE LA CORTINA. ENCENDIENDO UN CIGARRILLO. MIRA HACIA FUERA Y CIERRA LA CORTINA, COMO IMPULSADA POR UN TIC NERVIOSO.

MARÍA: Ya se fue ese curita hipócrita. Vino a mofarse de mí, fingiendo que nunca supo nada, con su cara de “yo no fui”, ¿a quién pretende engañar? Los únicos que me visitan, aparte de algún fisgón, como este cura, son los periodistas de crónica roja. Bien hice en alejar a mis hijos de este escándalo. ¿Qué culpa tienen ellos? Que se queden en la Florida con mis padres, porque yo no sé qué va a ser de mí. SE ACERCA NUEVAMENTE A LA VENTANA. .

Presiento que en cualquier momento me vienen a buscar. Nadie me lo dijo, pero yo lo sé. Así se llevaron a Jimmy, sin avisarle; le tendieron una emboscada: “Pura rutina, jefe,” le dijeron. Pero en realidad tenían todo listo para deportarlo. Y a mí me dejaron sola con mi suerte. SE ALEJA DE LA VENTANA; APAGA EL CIGARRILLO Y SE MIRA EN EL ESPEJO POLVORIENTO DE LA SALA..

Ya no queda ni la sombra de lo que fui: estoy fea, aturdida. La memoria me traiciona. ¿Cuándo empezó esta pesadilla? En Miami vivíamos tranquilos; pero de repente a Jimmy lo destinaron a Chile... . SE PASEA POR LA SALA.. Todo lo que quiero es escribir. Pero, ¿a quién le interesa? Los periodistas solo preguntan por el trabajo de Jimmy...si yo sabía y cuánto... TAMBALEA. SE SOSTIENE DEL SOFA PARA NO CAERSE. Claro que lo sabía. ¿Y acaso mi Sebastián no lo adivinaba? ¿Y la mapuche? Ella también lo sabía, pero como iba a arriesgarse. ALGO AVERGONZADA. Y esos hipócritas, antes dispuestos a seguirme hasta mi casa cuando llegaba el toque de queda, ahora se atreven a juzgarme. No les importaba que yo viviera en las afueras; volvían ... dos, tres veces por semana, ansiosos de compartir opiniones..pero ahora dicen que nunca me conocieron, que nunca asistieron a mis tertulias.

VUELVE A SENTARSE, AFLOJA SU CUERPO; DEJA CAER EL VASO, PERO ELLA, ABSTRAÍDA EN SUS

PENSAMIENTOS, NI SE ENTERA. BAJAN LAS LUCES.
MARÍA SALE DE ESCENA.

Escena 3

SE OYE MÚSICA DE WEBER. CUANDO SUBEN LAS LUCES,
URRUTIA ESTÁ RESCOSTADO EN EL DIVÁN. EL JOVEN
ENVEJECIDO REVOLOTEA ALREDEDOR SUYO. URRUTIA
LO ESPANTA.

URRUTIA: Tantas cosas han pasado; tantas cosas desde que la conocí... No sé exactamente cómo fue. Tal vez asistiera a un taller literario, o quizás a una exposición de pintura, porque le sería más fácil hablar con pintores que con escritores. Qué alivio debió sentir al darse cuenta que en este país, dejado de la mano de Dios, los escritores tampoco poseían una cultura muy amplia. Su marido, Jimmy Thompson, ejecutivo en una empresa con filiales en Chile y Argentina, era el típico yanqui: alto, no muy conversador, pero educado. Si se aparecía en alguna *soirée*, se limitaba a escuchar a los invitados con una paciencia infinita. OSCURO.

SUBEN LAS LUCES SOBRE JIMMY

JIMMY: María era muy generosa con sus huéspedes. Servía whisky a todo el mundo. En nuestra casa se conversaba de literatura, se bebía y hasta se bailaba. Cuando un poeta contrario al régimen recitaba unos versos, yo me hacía el interesado y al rato me excusaba para ver a los niños, que ya dormían... Ya bien entrada la noche María se aparecía con una bandeja de empanadas calientes, y el aroma de la carne y las aceitunas despertaba a los más hambrientos. A eso de las seis de la mañana recién terminaba el toque de queda. Medio atontados, salían del jardín hacia sus autos y desde nuestro castillo hospitalario María les decía adiós con la mano. Por fin la casa quedaba vacía... como debía estar durante el día para que yo pudiera hacer mi trabajo... aunque ayer se nos fue la mano... Qué íbamos a hacer.. el tipo se negaba a colaborar... no pudimos sacarle más nombres. María me armó un escándalo. No quiere escenas en esta casa. Le prometí que en adelante iba a ser más cauteloso. OSCURO.

URRUTIA: AL PÚBLICO. Yo no iba allá cada semana, como la mayoría; quizás una vez al mes. Aunque ahora son capaces de decir que iba cada semana. Hasta el Joven Envejecido sabe que es una falacia...A la gente le gusta murmurar.

Escena 4

EL JOVEN ENVEJECIDO SE COLOCA DETRÁS DEL DIVÁN DONDE YACE URRUTÍA Y CASI LO ACARICIA, COMO PARA CONSOLARLO.

URRUTIA: Me pregunto qué importancia tiene saber en todo momento si lo que uno hace está bien o mal. ¿Y cómo puedo saberlo yo? ¿Acaso me excedí cuando vino a buscarme el señor Odeim con su socio, el señor Oido? Ambos gestionaban una empresa de importaciones y exportaciones. Oido, no Oído, eso me lo aclaró desde el principio, era rubio y delgado, de piel pálida, enrojecida en los pómulos. Odeim, en cambio, tenía una cara corriente con rasgos más indígenas que europeos. Gracias a ellos yo había recorrido casi toda Europa con una beca, para escribir un informe sobre el estado de decadencia de las iglesias católicas en el Viejo Mundo. Curiosa misión: me tocó ver como se adiestraba a halcones para que aniquilaran a las palomas, que cagaban sobre las fachadas de las iglesias. Los frailes bien podían prescindir del Padre y del Hijo, pero estaban destruyendo el símbolo terrenal del Espíritu Santo! (PAUSA)
Tan conformes quedaron Oido y Odiem de mi trabajo, que ahora volvían a ofrecerme otra misión especial.

URRUTIA SE LEVANTA DEL DIVÁN PARA SENTARSE A UN LADO DE LA MESA. SE SIRVE UNA TOSTADA Y LA MASCA RUIDOSAMENTE. ENTRAN OIDO Y ODEIM.

URRUTIA: AL PÚBLICO: Sin más ni más se sentaron frente a mí mientras me desayunaba. Se sirvieron mis tostadas con mantequilla y mermelada y las mascaron igual que yo, ruidosamente.

- OIDO: Venimos como portadores de una empresa muy delicada, padre.
- OIDEM: Se trata de algo que exige una reserva máxima, sobre todo ahora, en esta situación.
- OIDO: Usted ya sabe cómo son los chilenos; siempre tan copuchentos, sin mala intención, pero copuchentos como el que más.
- URRUTIA: ¿Por qué tanto secreto?
- OIDO: Queremos saber si usted sabe algo, o más que algo de marxismo.
- URRUTIA: INCÓMODO. Lo justito.
- ODEIM: ¿Hay libros de marxismo en su biblioteca?
- URRUTIA: Dios mío, no es mi biblioteca; es de nuestra comunidad. En mi biblioteca privada, supongo que algunos habrá, pero solo para consultas, o para fundamentar algún trabajo que precisamente lo negara.
- AL PÚBLICO: Tuve que aclararles que yo no era marxista porque en realidad, al hacerme este examen, querían enterarse si yo conocía las bases del marxismo.
- OIDO: Justamente, queremos que usted enseñe esa teoría, ya que si no le fue difícil aprenderla, tampoco le sería difícil enseñarla.
- ODEIM: ¡Y qué mejor ocasión que ésta! Es un servicio para la patria; un servicio que debe cumplirse con la boca cerrada.
- OIDO: Además, será usted muy bien retribuido.
- URRUTIA: ¿Y de cuántas clases se trata?
- ODEIM: Las suficientes para que se hagan una idea unos caballeros a quienes todos los chilenos les debemos mucho.
- OIDO: No se rompa el cráneo, padre. Jamás adivinaría de quiénes se trata.

URRUTIA: Lo siento. Tengo mucho trabajo acumulado... Necesito tiempo para terminarlo.

ODEIM: No se haga el cartucho con nosotros, padre. Esto es algo que nadie puede rechazar. OSCURO. SALEN OIDO Y ODEIM

Escena 5

URRUTIA: AL PÚBLICO. Días después vino a buscarme un coche de ventanas oscuras, que me llevó hasta un parque y se detuvo frente a una casa con una sola luz encendida. Le pregunté al conductor si había allí guardias, porque la casa parecía vacía.

“Una buena guardia,” me dijo, “es la que no se ve. Pero hay guardias, no lo dude, y todos con el dedo en el gatillo.”

“Cuánto me alegra saberlo,” le dije.

Cuando llegué, no sé por qué, tenía la seguridad de que me estaban filmando. ¡Quién te ha visto, Sebastián, y quién te ve!, me dije. Me llevaron a un cuarto y me dejaron solo. Entró un camarero y me sirvió té. Ganas me dieron de tirar la taza contra las impolutas paredes, de hacerme pequeño, sumergirme en la infusión y nadar hasta el fondo donde descansaban los granos de azúcar como grandes trozos de diamantes. Pero permanecí inexpresivo, con cara de aburrimiento. Revolví la taza y probe el té. Buen té. Bueno para los nervios.

SUBEN LAS LUCES SOBRE UNA HILERA DE MANIQUÍES VESTIDOS CON GORRAS MILITARES Y UNIFORMES CONDECORADOS. DETRÁS DEL GRUPO, UNA PIZARRA CON NOMBRES DE LÍDERES MARXISTAS ESCRITOS EN LETRAS GRANDES.

URRUTIA: Oí pasos por el corredor. La puerta se abrió y fueron entrando los oficiales de la Junta. Me puse de pie. Las chapitas en sus uniformes brillaban y mi sotana, amplísima, pareció absorber en un segundo toda esa gama de colores. Aquella noche, la primera, les hablé de Marx y de Engels. En la segunda clase comentamos el Manifiesto del partido comunista. Según el General Leigh, se trataba de un texto primitivo en estado puro. No especificó más. Pensé que se

estaba burlando de mí, pero no tardé en descubrir que lo decía en serio. Durante la tercera semana hablamos de las luchas de clases en Francia. Unos minutos antes de comenzar la cuarta clase, estando yo con mi taza de té en las rodillas, el general Pinochet se acercó a mí:

CAMBIO DE LUCES. PINOCHET, CON UNIFORME Y GAFAS NEGRAS, SE ACERCA AL CURA.

PINOCHET: ¿Cree usted que Allende era un intelectual?

URRUTIA: La verdad es que no sé qué contestarle, mi general.

PINOCHET: Sin embargo todo el mundo ahora lo presenta como un mártir y un intelectual, porque los mártires a secas ya no interesan demasiado, ¿verdad, padre? Pero Allende no era ningún intelectual, a menos que existan intelectuales que no leen ni estudian. ¿Usted qué cree?

URRUTIA: SE ENCOGE DE HOMBROS.

PINOCHET: No existen, padre. Un intelectual debe leer y estudiar, o no es un intelectual. ¿Y qué cree usted que leía Allende? Revistitas. Sólo leía revistitas, resúmenes de libros, artículos que sus secuaces le recortaban. Lo sé de buena fuente, créame. ¿Y Frei? ¿Qué leía Frei?

URRUTIA: Tampoco lo sé, mi general.

PINOCHET: ¡Nada! No leía nada. Ni siquiera la Biblia. Por ser uno de los fundadores de la Democracia Cristiana, podría al menos, leer la Biblia, ¿no? Eso a usted, como sacerdote, ¿qué le parece? Ni Frei ni Allende leían ni escribían nada. Fingían ser hombres de cultura, pero no. PAUSA. Beba su té, padre, se le va a enfriar. Ahora dígame, ¿cuántos libros cree que yo he escrito?

URRUTIA: ...

PINOCHET: Tres libros. Son libros de historia militar; de geopolítica. Lo que pasa es que siempre he publicado en editoriales especializadas. Los escribí yo solo, sin ayuda de nadie. Tres libros, y uno de ellos bastante grueso.

URRUTIA: ¡Tres libros, mi general! ¡Qué noticia más sorprendente!
¡Con qué gusto los leería!

PINOCHET: Vaya a la Biblioteca Nacional; allí encontrará además, mis artículos publicados en revistas norteamericanas.... Todos traducidos al inglés, por supuesto.

URRUTIA AL PÚBLICO. De pronto me puso una mano en la rodilla. Sentí un escalofrío.

PINOCHET: ¿Y por qué cree usted que quiero aprender los rudimentos básicos del marxismo?

URRUTIA: Para hacer un mejor servicio a la patria, mi general.

PINOCHET: ¡Exactamente! Para comprender a los enemigos de Chile, para saber cómo piensan y hasta dónde están dispuestos a llegar. Yo bien sé a dónde están dispuestos a llegar. Con todo esto quiero hacerle entender, padre, que usted no está perdiendo el tiempo conmigo y que yo no estoy perdiendo el tiempo con usted. ¿Correcto?

URRUTIA: Correctísimo, mi general.

AL PÚBLICO. En las clases siguientes les hablé de Lenin, Trostky, Stalin, Fidel y Tito. El general Mendoza se dormía profundamente.

Pinochet consideró que El Libro rojo de Mao, era simple y corriente. A la última clase, la décima, solo asistió el general Pinochet. Nuestra despedida fue en cierto modo fría, como era de esperarse de un hombre de estado.

URRUTIA ARMÁNDOSE DE CORAJE: ¿Cree usted que mis clases han sido de alguna utilidad?

PINOCHET: Por supuesto, Urrutia. Váyase con la conciencia tranquila. Su trabajo ha sido perfecto. OSCURO.

PINOCHET SE QUEDA SOLO. OBSERVA SOBRE LA MESA UN LIBRO DE MARX, LO HOJEA, SONRÍE CON DESPRECIO, Y LO TIRA AL TACHO DE LA BASURA.

PINOCHET: Ahí es donde debe estar. En la basura. En mi país no hay lugar para ideas retrógradas. Aquí se mira al futuro de frente. SE ACOMODA LAS CONDECORACIONES EN SU UNIFORME. La clave está en saber eliminar el mal. Pero claro; para eliminarlo, primero hay que conocerlo desde adentro. PAUSA. Ese curita intelectual del Opus Dei, recién llegado de Europa, podrá ser un maricón, pero que más da...sirve para unas clases de marxismo. En todo caso se sentirá honrado...y además, se llenará los bolsillos... porque eso sí; los que me siguen siempre son bien recompensados. OSCURO.
SUBEN LAS LUCES SOBRE URRUTIA.

URRUTIA: El mismo coche que me había traído al cuartel, me llevó de regreso a mi casa a las dos de la mañana, en pleno toque de queda.
Un total de diez clases. ¿Había sido necesaria mi actuación? ¿Aprendieron algo de marxismo? Y si yo les contara a mis amigos lo que había hecho, ¿tendría su aprobación? Algunos manifestarían un rechazo absoluto. Otros me comprenderían. ¿Hice lo justo o me excedí? ¿Acaso puede un hombre saber siempre qué está bien y qué está mal? SE TIRA EXHAUSTO SOBRE EL DIVÁN; ESCONDE LA CABEZA BAJO LA ALMOHADA Y LLORA. La culpa de mis desgracias la tienen Oido y Odeim, que me metieron en este asunto. Se lo confesé luego a Farewell, mi mentor literario, y le advertí que no dijera ni una palabra a nadie. El me aseguró que eso se daba por sentado: “Es un secreto,” me dijo. Pero a la semana siguiente mi historia comenzó a correr por todo Santiago como reguero de pólvora. GESTICULA : “¡El cura Urrutia le dio lecciones de marxismo a la Junta!” “¡Urrutia es profesor particular de los militares!” Cuando lo supe me quedé helado. Farewell —viejo chismoso y alcahuete — rechazó, por supuesto, ser el fósforo que había dado inicio a la habladuría. Y yo no tuve fuerzas para inculparlo.
Me senté frente al teléfono y esperé llamadas anónimas de los resentidos; recriminaciones de las autoridades eclesiásticas, de Oido y de Odeim. Pero nadie me llamó. ¡Na-die! Al principio achaqué ese silencio a un rechazo de mi persona. Pero luego, con estupor, me di cuenta de que a nadie le importaban mis clases de marxismo. Me di cuenta que todos éramos de la misma familia: derecha, centro, izquierda, demócrata-cristianos, socialistas, fascistas,

militares. Tarde o temprano todos volveríamos a compartir el poder. Durante esos años de acero y de silencio volví a caminar las calles de Santiago, y nadie dijo nada. Al contrario. Yo seguí publicando poemas y reseñas, viajando y volviendo a las tertulias de María Canales. OSCURO.

Escena 6

SALÓN DE LA CASA DE MARÍA CANALES.
MÚSICA DE WEBER, VOCES DE LA GENTE, RISAS.

URRUTIA: Iba poco, pero cuando iba tenía los ojos abiertos y el whisky no me nublaba el entendimiento. Me fijaba, por ejemplo, en el niño Sebastián, mi pequeño tocayo; en su carita flaca. Una vez se lo quité de los brazos a la mapuche y le pregunté: “¿Qué tienes, Sebastián? ¿Qué te pasa?” “¡Qué carita más fría!” le dije; y de pronto sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. La empleada me arrebató el niño bruscamente, y éste me miró por encima del hombro de la mapuche que se lo llevaba cargado a su cuarto. Tuve la impresión de que esos ojos grandes veían lo que no querían ver. En otra ocasión leí un cuento escrito por María. No era malo, pero su exagerado empeño resultaba en una mediocridad lastimosa. Me expresó su admiración por una escritora feminista.

REAPARECE MARÍA.

MARÍA: ¡Quién pudiera escribir como ella! Es admirable...

URRUTIA: No es para tanto, María; muchas de sus páginas no son más que malas traducciones, por no llamarlas plagios, de novelas francesas de los años cincuenta.

MARÍA: CON UNA INCONTENIBLE SONRISA DE SATISFACCIÓN.

¿De modo que a usted no le gusta lo que esa mujer escribe, padre?

URRUTIA: AL PÚBLICO: Yo la miré sorprendido, en parte porque hasta ese momento me había llamado siempre Sebastián, como el resto de mis amigos escritores, y también porque en ese mismo instante vi a la mapuche bajar las escaleras con el pequeño Sebastián en brazos.

A MARÍA: Claro que me gusta. Sólo que juzgo críticamente sus defectos. Al público: ¡Qué frase tan absurda, pienso ahora, tan circunstancial! BAJAN LAS LUCES. SALE MARÍA.

EL JOVEN ENVEJECIDO PASA UN VELO SUAVE POR ENCIMA DE LA CABEZA DE URRUTIA, QUE, AUNQUE NO LO VE, PARECE SENTIRLO.

URRUTIA: Apuesto a que el Joven Envejecido, que andará por aquí, se está riendo a pierna suelta de mis pifias, de mis yerros veniales y mortales. ¿O es que se ha aburrido de mí? ¡Que haga lo que le de la gana! OSCURO. BAJAN LAS LUCES, PARA VOLVER A SUBIR SOBRE MARÍA. MÚSICA DE FONDO DE DEBUSSY.

MARÍA: Urrutia se cree muy intelectual porque ha leído a los griegos y algo de literatura universal; nos mira por encima... especialmente a mí, como si no me diera cuenta que no le gusta lo que escribo... Sin embargo viene a mis *soirées*, fingiendo que le caigo bien. Curita imbécil; al fin y al cabo es igual que el resto. ¿Acaso no le dio clases de marxismo al mismo presidente? ¿Acaso no recibió buena paga por sus servicios? ¿Cómo no iba a sospechar que algo pasaba aquí?... Todos se hacen los tontos porque les conviene continuar con esta comedia... y a mi también... es mi única oportunidad... para Jimmy, es la mejor pantalla... mientras nadie se meta en sus asuntos.

BAJAN LAS LUCES, CESA LA MÚSICA. LA MAPUCHE APARECE DE ESPALDAS AL PÚBLICO, CON SEBASTIÁN EN SUS BRAZOS, VESTIDO EN PIJAMAS.

SEBASTIÁN: VOZ EN OFF: Ahí están otra vez los amigos de mamá. Vienen seguido a casa. Todos me sonrñen como si fueran mis

amigos. Yo ni los conozco. Tampoco hay chicos por acá; solo hay árboles, pasto crecido, o como dice mi nana, estepa. Mi hermanito se pasa el día durmiendo o llorando.

De todos los amigos de mamá hay uno que me mira de forma rara. El otro día ese señor me cargó en sus brazos; me miró a los ojos y de repente sus ojos se llenaron de lágrimas. Tuve ganas de abrazarlo y de llorar con él también, pero la nana me arrancó de sus brazos, me subió a mi cuarto y me acostó con mi peluche. Mi osito es el único que me entiende... A mi mamá no le gusta jugar conmigo y mi papá viaja mucho. De tan poco que lo veo, cuando lo llamo tío, como a los amigos de mami, a él no le importa; igual me sonríe y cuando me acuesto viene a darme un beso.

El día que dejaron la puerta abierta... bajé las escaleras gateando y no me caí. Estaba oscuro pero no me dio miedo porque atrás había luz... abrí esa puerta y ahí estaba un amigo de mi papá, acostado en una cama blanca... tenía los ojos tapados... estaría jugando a la gallinita ciega y se cayó, por eso se acostó... porque le salía sangre de la nariz y de la boca... Me parece que estaba desnudo. Cuando yo juego a la gallinita ciega con mi nana, no me desnudo. Le toqué la cara, apenitas, para ver si respiraba. Pero justo vino mi nana y me sacó de allí de un tirón. Cuando llegamos arriba, mi papi nos esperaba, muy enojado. Yo le pregunté: ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué está en la cama? ¿Qué tiene? ¿Por qué le sale sangre de la nariz?

¿Por qué, ¡por qué?! Se enoja cuando le hago muchas preguntas. Yo me puse a llorar. Él se calmó y me dijo que su amigo dormía abajo porque se había lastimado y él lo estaba curando. Entonces nos mandó a mi nana y a mí a jugar afuera. OSCURO. LA MAPUCHE REGRESA SOLA.

LA MAPUCHE: La señora María no quiere que baje con el niño cuando hay gente.

Ella se altera por cualquier cosa: bebe y fuma demasiado. Casi nunca se ocupa de los niños; dice que para eso me paga, para que se los cuide y ella tenga tiempo para escribir. Me dan mucha pena mis dos angelitos. Yo trato de darles lo que sus padres no les dan.

Las veces que don Jimmy me mandaba a caminar con los niños, yo sabía que abajo pasaban cosas feas. Cuando regresábamos, ya no había gente en la casa; doña María estaba sentada junto a la ventana, escribiendo. PAUSA. Yo

no soy quien para abrir la boca.

Aquella mañana no encontraba a Sebastián por ninguna parte; alguien había olvidado poner el candado de la puerta del sótano. Bajé a buscarlo sin hacer ruido, para no llamar la atención. Lo encontré a Sebastián frente al camastro donde había un hombre tendido. El niño le tocaba la cara en llagas, los ojos vendados. Sin decir palabra lo agarré en mis brazos, aterrada, lo subí corriendo, y al llegar arriba, nos topamos con Don Jimmy...

OSCURO.

EL TORTURADO: YACE SEMIDESNUDO, CON LOS OJOS VENDADOS. SU CUERPO SANGRA DE LA NARIZ Y DE LA BOCA. HABLA CON DIFICULTAD. ¿Cómo llegué aquí? ¿Cuándo? Acaso nadie vio que me acorralaban en pleno día, en la calle? ¿Nadie vio como me encapuchaban y me metían en un auto? ¿Quiénes eran? tres tipos, uno extranjero, dos chilenos... ¿Qué carajos podía importarles si yo había sido miembro del partido comunista? Pude haber salido antes de Chile y no quise... todavía hay esperanzas... me decía... Ya no puedo pensar. No; no estoy en la guerrilla. Nunca estuve. No más picana... déjenme morir en paz. PAUSA. En mi agonía siento que se abre una puerta y una energía divina —¿divina?— se filtra en mis huesos; una manita sedosa me roza la piel, pasa sus deditos sobre mi venda. Es un ángel que me mira con unos ojos muy grandes, como si supiera... Trato de decirle algo, de pedirle que me desate y me libere... pero unas manos fieras lo alejan de mí... Cuando al fin me sale la voz... me doy cuenta que estoy solo otra vez... solo con mi muerte. OSCURO.

URRUTIA: Esa aparición doble, la de Sebastián con la mapuche por un lado, y por otro la del rostro bovino de María Canales llamándome padre, como si asumiera el papel de penitente, me provocó una sensación de mareo y de náusea. Yo la achaqué a la visión de aquel niño, mi pequeño homónimo, transportado en brazos de su nana; ese niño de ojos grandes y de labios sellados, miraba sin ver; como si no quisiera oír, ni hablar delante de la despreocupada pandilla de literatos que su madre congregaba cada semana.

Fue entonces que me hice el firme propósito de no volver nunca más a las veladas de María Canales.

Escena 7

EL JOVEN ENVEJECIDO SE DESPLAZA HACIENDO PIRUETAS ALREDEDOR DE URRUTIA. ESTE SE PALPA LA FRENTE. BEBE UN WHISKY.

- URRUTIA: Ahora sí sé cuál era la verdadera historia. Pero María Canales lo supo siempre. Cuando se lo pregunté, el día que volví a su casa, me aseguró que no había dicho a nadie sobre quiénes habían asistido a sus veladas.
- URRUTIA: ¿Usted estaba al tanto de todo lo que hacía Jimmy?
- MARÍA: Sí, padre.
- URRUTIA: ¿Y se arrepiente?
- MARÍA: Igual que todos, padre.
- URRUTIA: ¡Igual que todos!
 AL PÚBLICO: ¿Por qué, sabiendo María Canales lo que su marido hacía en el sótano, invitaba a gente a su casa? La respuesta era sencilla: porque durante esas *soirées*, por regla general, no había nadie en el sótano. Pero sucedió que durante una de las tertulias, uno de los invitados andaría muy borracho...BAJAN LAS LUCES.
- DRAMATURGO: GOLPEA A UNA PUERTA: ¿Dónde mierda hay otro baño? CAMINA BORRACHO, TANTEANDO. Esta casa endemoniada es toda pasillos. ¿Qué hay que hacer para encontrar el baño? No es aquí por la derecha...ni aquí TANTEA POR LA IZQUIERDA....esto es un laberinto... Nada. Me estoy meando encima. ¡Qué oscuridad!. ABRE OTRA PUERTA MÁS Y SE ESPANTA ANTE LO QUE VE. LA CIERRA DE UN PORTAZO. ¡¿Y eso?! SE PONE A SILBAR DE PRISA HASTA QUE DA CON LAS ESCALERAS. ARRIBA ENCUENTRA UNA BOTELLA DE WHISKY Y SE SIRVE UNA BUENA PORCIÓN, QUE BEBE

ATROPELLADAMENTE. No silbo por miedo, no; es para cobrar control. ¿Lo vi? Alguien había allí abajo, amarrado al catre, con los ojos vendados... jadeaba... como el personaje torturado de mi obra. ¡Qué mareo, Dios, qué frío...! MIRA ALREDEDOR SUYO. Ya casi amanece y volvemos a Santiago. Yo no vi nada. Nada. No vi nada. BEBEMAS WHISKY Y SE SIENTA A ESPERAR. OSCURO. SUBEN LAS LUCES SOBRE URRUTIA Y SOBRE EL TORTURADO

URRUTIA: AL PÚBLICO: Cuando el dramaturgo extraviado volvió a subir a la sala, se dejó caer en una poltrona y siguió bebiendo, sin decir ni una palabra a nadie. Pero no aguantó mucho tiempo en confesarle a un amigo lo que vio, y éste a mí. Meses después, alguien más que frecuentaba las veladas me contó la misma historia. Y más tarde la oí de otro más. PAUSA. Pasaron los años. Volvió la democracia; el momento en que todos los chilenos debíamos reconciliarnos entre nosotros. ¿Cómo fue que aquella noche que el invitado se extravió y dio con aquel pobre hombre, cuando no debía haber nadie en el sótano? La respuesta parece sencilla: Porque la costumbre olvida toda precaución; porque la rutina mitiga el horror. Me hago otra pregunta más: ¿Por qué entonces nadie, en su momento, dijo nada? La respuesta parece igualmente sencilla: Porque tuvo miedo; porque tuvieron miedo. No puedo decir “tuvimos miedo”, porque yo no supe nada hasta que fue demasiado tarde. Y también me pregunto ¿Para qué remover lo que el tiempo esconde piadosamente? Yo no sabía nada; pero María Canales sí lo sabía. OSCURO. LUCES SOBRE MARÍA.

MARÍA: ¿De veras no quiere ver el sótano, padre? Pronto demolerán la casa y ya no será posible bajar. Aquí mató Jimmy a la Cecilia Sánchez Pobrete. A veces yo estaba viendo la tele con los niños y se iba la luz por un rato. No oíamos ningún grito, solo la electricidad que se iba de golpe y después volvía.

URRUTIA: AL PÚBLICO: Hubiera querido abofetearla ahí mismo. En lugar de contestarle, sacudí varias veces con la cabeza. Me levanté y di unos pasos por la sala en donde antes se reunían los escritores, los artistas de mi patria. OSCURO.

SUBEN LAS LUCES, URRUTIA YACE EN EL DIVÁN.

En la penumbra de mi agonía busco al Joven Envejecido; lo busco, pero sólo veo mis libros y las paredes vacías de mi dormitorio. Todavía podría levantarme y reiniciar mi vida, mis clases, mis reseñas... pero me faltan fuerzas.

EL JOVEN ENVEJECIDO SE ADELANTA HACIA EL PÚBLICO.

Lo busco. Creo ver su rostro blando y tétrico. ¿Es posible que sea yo el que grita sin que nadie lo escuche? ¿Seré yo el Joven Envejecido? ¿Es éste el gran terror?

DE LOS LABIOS DEL JOVEN ENVEJECIDO SE DESPRENDE UN "NO" MUDO, PERO ATROZ, COMO EL DE "EL GRITO" DE EDVARD MUNCH.

Pasan a una velocidad de vértigo todos los rostros que amé y los que odié; los que admiré y desprecié; los que protegí y que atacué, los rostros que busqué vanamente... Poco a poco la sombra de la Verdad empieza a ascender, vacilante, desde el fondo del mar.

Y después se desata una tormenta de mierda.

BAJAN LAS LUCES. SE VUELVEN A OÍR ACORDES DE CARMINA BURANA. URRUTIA ESCONDE LA CABEZA BAJO UNA MANTA.

FIN